

# **Periodo de transformaciones del capitalismo, transformaciones de los periodos capitalistas:**

## **Vueltas a las categorías marxistas sobre la crisis capitalista.**

Daniel Albarracín (Colectivo Madrid<sup>1</sup>)

Enero 2002

das@grupobbva.net

"Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio. Bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado."  
(Marx, C.; 1995:213)

Resulta habitual encontrarse en los textos teóricos autodenominados marxistas una alusión a algo terrible —atemorizándonos con sus síntomas desenvueltos— llamado capitalismo, muchas veces situándonos ante un fenómeno extraño y desconocido que, por ende, parece derrumbarse seguramente —proporcionando un ánimo de alivio— en un caso inevitable en un largo plazo —del que lo único que cabe es asistir a su espera—. Todo como si se tratase de un giro retórico y abstracto autocomplaciente y, sobre todo, ajeno al momento vivido, las pautas y ritmos de su desarrollo y distanciado de las prácticas de los sujetos que puedan hacerlo caer, definitivamente, levantando un mundo nuevo. De manera semejante, algunos grupos activistas actúan en el más absoluto presentismo de la 'acción', convocatoria y reunión, acosados por la emergencia del acontecimiento particular inmediato, sin detenerse suficientemente para realizar un diagnóstico de la experiencia social afrontada, enlazada con los amplios y duraderos fenómenos históricos que la sitúan, acabando, en ocasiones, en una práctica ritual expresiva que desenfoca su manifestación y desorienta su capacidad de transformación en espacios singulares.

Se trata por tanto, de derrumbar también la idea de un capitalismo al modo de un tótem a exorcizar mediante la exclusiva alquimia de la teoría o la magia propiciatoria de su conjuro virtual. El capitalismo entraña un fenómeno social amplio y concreto trabado en relaciones,

---

<sup>1</sup> Las presentes notas tienen un proceso de origen que se puede identificar con el trabajo de largo aliento llevado a cabo con mis compañeros y amigos del Colectivo Madrid —equipo de investigación social crítica—, Rafael Ibáñez, Mario Ortí y Alberto Piris y nuestros maestros, así como en la reflexión de las aportaciones fundamentales de la persona a la que quisiera rendir homenaje en esta ocasión: Jesús Albarracín. Sea como fuere, esta modesta contribución y todas sus imperfecciones únicamente pueden atribuirse a la responsabilidad del autor.

instituciones, formaciones sociales y sujetos que hay que identificar en dimensiones enlazadas por su dinamismo, relevancia y pauta de condicionamiento. En suma, elaborando un certero diagnóstico orientador de las prácticas de transformación social.

La transformación social es un proceso que no se detiene, y los sujetos forjan su devenir. Dinámica que, desde la más absoluta reproducción social envuelve modificaciones en las relaciones de producción y formaciones sociales, y hasta la reforma radical más profunda puede verse acompañado, a su vez, de una pervivencia o agudización de estructuras antiguas. Huyendo de cualquier teleología o escatología también conviene evitar una visión maniquea sin que por ello se dejen de identificar los procesos necesarios para la liberación de sujetos concretos con los que formamos colectivo. De manera que cualquier espíritu de revolución ha de entenderse en prácticas de transformación radical permanente que cuestionen cualquier estadio de desarrollo de los vínculos y conflictos de una sociedad en sus formas completas, complejas y concretas en perspectiva histórica.

## **1. Categorías Marxistas.**

Prácticamente el conjunto de las ciencias sociales ha introducido en su acervo de categorías y conceptos, vocablos que se originan en la obra de Carlos Marx. Aquellas categorías marxianas han sido posteriormente desarrolladas por diversas escuelas a su modo reinterpretando aquellas hasta dar a entender su propia manera de aprehender el mundo. Se dice, que si los vocablos de Marx constituyen categorías *marxianas*, los que se manejan por autores posteriores, a partir del autor alemán, —en un sentido práctico, social, pero sobre todo metódico y político alterado— se denominan *marxianistas*, y los que mantienen su método dialéctico e histórico, así como su implicación política, aún sin referirse necesariamente a los problemas que ocupaban a Marx, desarrollando —en líneas diversas— su filosofía práctica, vendrían a llamarse *marxistas*.

El despliegue de los marxismos ha sido muy amplio, hasta incluso divergir en un punto en el que se enfrentaron las diversas concepciones. Dichos desarrollos son prueba de la apertura a la historia y a los sujetos de dicho método práctico. A este respecto, las transformaciones históricas han presentado contradicciones diferentes, según las épocas y sociedades, y sujetos en posiciones diversas en las relaciones sociales. El marxismo, al no constituir un paradigma científico con principios cerrados —sin que se pudiese impedir la difusión de derivas dogmáticas del mismo—, se ha mantenido como un arma de transformación, y de interpretación, del mundo caracterizado por un método —el

materialismo histórico—, una filosofía holista y dinámica —la dialéctica—, y, para las sociedades capitalistas un tipo de análisis crítico de sus fundamentos concretos —la crítica de la economía política<sup>2</sup>—.

En este punto, podemos poner en contraste, en una selección útil para la muestra de algunas de esas categorías, dos líneas del marxismo reciente y una actualización empírica de las categorías marxianas.

En los años 60 y 70 predominó en el pensamiento crítico europeo, aunque también latinoamericano, la *escuela estructuralista*. La misma, en un análisis ahistórico —si acaso basado en un diacronismo en etapas seriadas del muy largo plazo de la historia de la humanidad— se basaba en la crítica al *modo de producción* capitalista como un todo organizado en una estructura lógica cerrada propia de una etapa bien definida, donde los sujetos concretos no conformaban más que un elemento del paisaje en una etapa separada absolutamente de otras, donde el cambio sólo es posible mediante rupturas sistémicas radicales. De manera que, estos autores —especialmente Althusser— mantenían en el eje de las transformaciones el cruce contradictorio entre la lógica del modo de producción, la conformación cerrada de la ideología dominante y el desarrollo de las fuerzas productivas, en una clausura histórica que impedía, en la interpretación, a los sujetos concretos, salvo el de algunas desconocidas excepciones, transformar unas estructuras casi petrificadas. Caracterizaría a este tipo especial de marxismo el ampararse en la arbitraria manera de distinguir los mecanismos de desarrollo social y económico entre *infraestructura* y *superestructura* en la que, en dicha interpretación, formando parte de la segunda el conjunto de aparatos ideológicos, políticos y normativos —en un cierre casi incambiable— se correspondían unívocamente con la constitución de las bases infraestructurales<sup>3</sup> de la sociedad (reducidas a las leyes económicas que sitúa en una tensión radical desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción —sin sujetos—): Así, las transformaciones se adivinarían en el largo plazo por el desarrollo —escatológico o

---

<sup>2</sup> Con la advertencia de que “según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y de la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo [Engels] hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el único determinante convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda (señala Engels en su carta del 21-09- 1890 a J. Bloch). La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levantan —las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las constituciones ..., la teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas ...— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan predominantemente en muchos casos, su forma” En Marx/Engels: Obras escogidas volumen III Edit. Progreso, pág. 514.

<sup>3</sup> “El problema de las relaciones entre la estructura y las sobreestructuras es el que hay que plantear y resolver exactamente para llegar a un análisis acertado de las fuerzas que operan en la historia de un cierto periodo, y para determinar su correlación”. A. Gramsci; *Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1992, p. 410.

teleológico— de esas leyes contradictorias de carácter bien mecánico, bien desencadenadas por una minoría vanguardista consciente que desataría en una lejana, pero decisiva, lucha de clases que en el medio plazo de la historia se encontraría sujeta a las estructuras consolidadas del modo de producción. En definitiva, un estructuralismo donde lo ideológico se encuentra plenamente estructurado —en una correspondencia plena con aquellas bases infraestructurales—, dando pie a distintas líneas en el análisis crítico de la lengua, por una renuncia implícita 'momentánea' a la transformación de las bases de desarrollo capitalistas, para un trabajo de crítica semiótica; o al postestructuralismo —más orientado al análisis de los microconflictos en los que serían posibles las rupturas locales en el seno de una larga fase caracterizada por una episteme, suelo del pensamiento como posibilidad de sociedad (Foucault, 1997)—, suponiendo un desplazamiento del análisis hacia lo abstracto, en una larga y permanente espera en la que cambios, en un horizonte ignoto, puedan producirse.

Una de las respuestas a dicha interpretación ha sido, al calor de los críticos años 70, la que encontramos con la *escuela de la regulación*, especialmente implantada en Francia, y cuyo autor principal es M. Aglietta (Aglietta, 1976), que recoge las tradiciones neorricardiana, kaleckiana y marxista. Estos autores vendrían a quebrar el teoricismo abstracto del estructuralismo con el desarrollo de un análisis empírico —generalmente relatado cuantitativamente— teóricamente informado. Una interpretación de alcance medio en la que se sitúa entre el *longueé dureé* (larguísimo plazo) de la escuela de los Annales y el análisis concreto en un corto período del Marx del *18 Brumario* (Marx, 1995). Así, sus análisis suelen desplegarse mediante una categoría totalizante como es el *modo de desarrollo* que permitiría periodificar y dar cuenta de las transiciones en los modos de producción diversos. El modo de desarrollo vendría a conformarse de un régimen de acumulación y un modo de regulación. "Por régimen de acumulación se entiende el modo de transformación conjunta y compatible de las normas de producción y de uso. Es decir, un régimen de acumulación permite, durante un período largo, una adecuación entre las transformaciones de las condiciones de producción y los cambios en las condiciones de consumo. Un régimen de acumulación descansa, a su vez, sobre un modelo de organización del trabajo (o paradigma tecnológico) que es el conjunto de los principios generales de organización del trabajo y de uso de las técnicas"<sup>4</sup>. De manera que, el *régimen de acumulación* articula producción y consumo basado en las condiciones de posibilidad

---

<sup>4</sup> Bustelo, Pablo (1994:156).

de una base de organización sociotécnica del trabajo. El *modo de regulación*<sup>5</sup> se corresponde con las normas institucionales, promovidas por los actores sociales, capaces de contrarrestar las contradicciones internas del régimen de acumulación. En última instancia, desde este planteamiento neoinstitucionalista, acaban prestando una doble atención a los principios sociotécnicos de la producción y el consumo como a los aparatos y dispositivos reguladores negociados por los actores sociales. Ahora bien, coherentemente con estas bases de análisis de alcance medio —por qué no, recogiendo la tradición más realista del funcionalismo (sea, por ejemplo, el de R.Merton)—, desplazan el papel hiperconflictivista y totalizante del acervo marxiano originario, sobre todo, en lo que se refiere a la lucha de clases como motor de la historia. En definitiva, el papel del conflicto social es estudiado y promovido para que, en una sociedad estable posible, —idealizando algunas dimensiones del periodo de posguerra— se localice y vertebré en el marco institucionalizado de las negociaciones tripartitas de los agentes sociales y económicos. Marco regulador en el que es posible llevar a cabo reformas sucesivas que faciliten transformaciones realistas que modifiquen las estructuras y contradicciones del modo de desarrollo, sea bien cambiando las bases organizativas y tecnológicas del trabajo o favoreciendo un despliegue racional y socialmente aceptable de la relación salarial que conduzcan al próspero desarrollo de la acumulación capitalista mediante políticas —casi siempre pensadas a nivel del Estado nacional— capaces de incorporar reformas estratégicas sin romper la paz social.

Mientras tanto, nosotros venimos a desarrollar y defender algunas de las prácticas metodológicas más históricas y empíricas inspiradas en el marxismo originario de Carlos Marx. Esta versión hiperconflictivista, trata de rescatar el papel de los sujetos, su concepción amplia recorriendo toda la sociedad —ni sólo vanguardias reductivas ni tampoco únicamente los representantes corporativos de las clases sociales— y que entiende a la lucha de clases desenvuelta, a un nivel u otro, pero de manera ininterrumpida,

---

<sup>5</sup> Por modo de regulación se entendería “el conjunto de normas, implícitas o explícitas, de mecanismos de compensación, de dispositivos de información,..., que ajustan permanentemente las expectativas y los comportamientos individuales a la lógica de conjunto del régimen de acumulación. Esas normas se refieren fundamentalmente a la forma de determinación de los salarios, al tipo de competencia entre empresas y al modo de gestión monetaria, aunque también a la manera en que se insertan las empresas nacionales en la economía mundial y a las modalidades de intervención del Estado en la economía”. Según la definición de este multívoco concepto que hace Pablo Bustelo en su exposición introductoria “El enfoque de la regulación en Economía: una propuesta renovadora”, recogido en Cuadernos de Relaciones Laborales, 4(1994), pp. 149-163.

muchas veces expresada en el curso de los diversos y contradictorios movimientos sociales.

Ahora bien comprendiendo que las estructuras sociales se mantengan consolidadas por una *hegemonía social* que descansa relativamente en la relación dinámica entre fuerzas y relaciones de producción, articuladas dentro de un modo de producción, requeriría su análisis detallado en cada formación histórico social concreta. Como sugiere Alfonso Ortí:

“De forma más concreta podría afirmarse que mientras las relaciones de producción resultan ser la clave decisiva de las *situaciones históricas de crisis profundas* (revoluciones, guerras civiles y mundiales, reformas institucionales radicales,... etc.), las fuerzas productivas —una vez establecido el marco sociopolítico y organizativo de las relaciones de producción— determinan las posibilidades y formas de vida características del proceso de modernización. En este sentido, mientras las relaciones de producción marcan la orientación del desarrollo socioeconómico —jalonando con sus transformaciones las grandes épocas—, las fuerzas productivas, liberadas de las anteriores relaciones de producción (en cuanto “trabas” para su dinamismo), realizan todas sus potencialidades inherentes a su propio modelo de modernización tecnológica”<sup>6</sup>

Frente a la *dinámica* relativamente lineal de las fuerzas productivas se situaría, para una perspectiva tentativamente más crítica —como señala Alfonso Ortí<sup>7</sup>—, la *dialéctica* de las relaciones de producción, que permite colocar como clave de la interpretación histórica no una fase caracterizada por unas relaciones de dominación para la explotación ya establecidas sino, precisamente, la fase crítica de constitución de las nuevas relaciones hegemónicas que van a determinar las prácticas cotidianas de los diferentes grupos sociales y los límites estructurales del modo de desarrollo futuro. Visión que se contrapondría a la de una dinámica lineal donde los saltos cualitativos en las relaciones de dominación y explotación dentro del modo de producción capitalista tienden a aparecer como fenómenos más bien arbitrarios —nacidos de la voluntad o imposición por un grupo o estrato social— o sobredeterminados —como una necesidad histórica—.

De manera que el obligado "análisis concreto de la situación concreta", comprendida esa situación como un devenir amplio, completo y multideterminado, viene a singularizarse en la articulación del análisis de las *formaciones sociohistóricas concretas* —conformación específica de clase de una sociedad particular, contextualizada internacionalmente—, y las *relaciones de producción* —institucionalizadas por los sujetos en prácticas sociales de dominación, extracción de plusvalía y formación de mercados— que vinculan a los sujetos.

---

<sup>6</sup> Alfonso Ortí, apuntes de la asignatura “Estructura social contemporánea”, UAM, curso 97/98.

<sup>7</sup> Alfonso Ortí, en los apuntes sobre la “Concepción marxiana...”.

El desarrollo y aplicación de estas nociones históricas consiguen, frente al de modo de producción o el desarrollo de las fuerzas productivas, acercar a los sujetos su verdadero papel protagonista del curso de la Historia. Una base teórica en la que es posible, por consiguiente, sin negar el papel estructural de una sociedad y una época, afrontar los procesos estructurantes de cambio social, convirtiendo el trabajo teórico realizado en una práctica social y política de transformación. Transformación que ya no sólo sucede de manera absoluta o extrema, o parcial y gradual sino con diversa profundidad y relevancia, y en el que el cambio, promovido en cada acontecimiento, como fenómeno social total — que si bien producido por una estructura, también puede modificar las estructuras—, se asiste en el largo plazo de la experiencia, pudiendo abarcar biografías y generaciones que median en el curso de la lucha de clases, ahora ya, concretas.

## **2. Articulación dimensiones del capitalismo**

Cualquier ejercicio de análisis supone romper, aunque sólo lo sea en un momento de teoría, la unidad práctica de los fenómenos sociales. A este respecto, el momento de la teoría es posible y conveniente de cara a la facilitación de un diagnóstico, a su puesta en comunicabilidad y encontrarse en un común acuerdo sobre las prácticas que pueda orientar. Ahora bien, agotado el periodo del fenómeno analizado, la comunicación o el acuerdo, por la experiencia vivida, caduca, progresivamente, la vigencia de la teoría.

El *materialismo histórico*, método del marxismo, se fundamenta en la dialéctica de una epistemología dinámica, holista y conflictivista, en la que lo general hace comprender la multideterminación de lo concreto y lo concreto a su vez altera la estructura. Asimismo, los procesos sociales mantienen dimensiones intrincadas que pasan de fases latentes a manifiestas confrontándose como contradicciones visibles, y sin embargo, sin cesar de engendrar nuevos conflictos.

Si bien "cualquier historia total sólo puede ser mundial", tal y como lo concibe Alfonso Ortí, la concreción en formaciones sociales concretas debe recorrer la plasmación de unas relaciones sociales de producción específicas en cada sociedad. Jalonada por el motor de la lucha de los sujetos sociales en conflicto, y especialmente por las clases confrontadas en la recurrente *lucha de clases*, las formaciones sociales se estructuran materialmente tan objetiva como subjetivamente. De modo que estructuras de dominación y explotación se articulan en una sociedad que tampoco puede entenderse sin estructuras de acomodación y cohesión —que celebran la conservación de las estructuras subjetivas u objetivas en las

que se sujetan—, o de resistencia y contestación —que protestan y proponen otras nuevas—. Si "*se domina para explotar*", la dominación, tras la batalla ganada, provisionalmente, por los sujetos detentadores del poder, para tomar forma estable debe articular materialmente represión y legitimación, tan físicamente coactiva como ideológicamente subjetiva. Una vez agotada el equilibrio de ambas brota de nuevo el conflicto expreso. Se trata por tanto, de comprender la formación histórica de una *hegemonía social* de una sociedad, sólo posible en periodos de estabilidad del orden social en que dicha hegemonía social, de sustento ideológico de una clase social cuyas racionalizaciones justificatorias son ampliamente difundidas y defendidas, es tan sólo minoritariamente cuestionada.

Por consiguiente, las dinámicas de las relaciones sociales de producción, en virtud de las cuales se instituye socialmente las formas y mecanismos de la acumulación, la producción y la apropiación del producto social, se corresponden con la formación social, originada en la lucha de clases y que monta una estructura social determinada, asentadas en una hegemonía ideológica de unos sujetos sociales, estructurando su base sociotécnica de desarrollo. Así, en una economía capitalista —caracterizada por la institucionalización de la apropiación privada o estatal del producto social, estando en manos de una clase el dominio propietario o control de los medios de producción— la acumulación capitalista describe unos ciclos en base a esas estructuras sociales históricamente consolidadas.

El papel de la *crítica de la economía política* entraña tanto una crítica a los fundamentos paradigmáticos de la legitimación teórica del capitalismo como un análisis crítico de su desenvolvimiento contradictorio. Se sigue de esto que la acumulación capitalista presupone unas bases sociales que hagan 'normal' el curso de su puesta en marcha, siempre sujeta a las transformaciones que se suceden en las instituciones capitalistas así como en su asimilación social.

Para visualizar dichas dimensiones puede ser recomendable trazar las distintas fases superpuestas del modo de producción capitalista en base a sus principales dimensiones, todas ellas materializadas por los procesos de disputa de clases:

- La configuración de *formaciones sociohistóricas concretas*. Se trata de identificar la conformación de las instituciones sociales y políticas que forjan una sociedad capitalista a lo largo de su historia y que marcan las fronteras de clase en una sociedad dentro de la división internacional del trabajo. En definitiva, es la concreción de la dimensión socioinstitucional determinada de una sociedad. La

propiedad, el trabajo asalariado, los mercados, el sistema monetario, el Estado, etcétera constituyen los principios políticos regulados por las clases en sus conflictos en virtud de los cuales se implanta una estructura social que corresponde a unas relaciones sociales de producción y reproducción concretas. Dos grandes fases en el capitalismo se pueden definir —más nítidamente en los países del centro—: la fase del *capitalismo liberal* y la fase del *capitalismo corporativo*<sup>8</sup>, culminada su transición en el periodo de la I Guerra Mundial. Bien podría emerger, tras los años 70, una nueva fase de *capitalismo de bloques transnacional* que conforma un escenario capitalista mundial nuevo, primero más bien bipolar, tras la caída del muro puede que multipolar.

- La división internacional del trabajo y el condicionamiento de la presencia de *Potencias Hegemónicas*. O, dicho de otro modo, fases imperialistas pautadas por la aparición de un bloque o Estado dominante en los ordenes militar, económico y cultural. Con ello aparecen centros, semiperiferias y periferias internacionales. Pueden periodificarse recientemente en las hegemonías francesa, británica y estadounidense. Para completar el cuadro siempre se pueden hallar potencias que disputan esa hegemonía en cada época: Francia, Alemania, URSS, etc...

Una noción oportuna asimismo para el caso español es la de *semiperiferia*, que a nosotros se nos antoja pertinente detenernos en ella. Recogiendo las experiencias de análisis de las escuelas del estructuralismo latinoamericano de la CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, constituida en los años 40), (Bustelo, P., 1998) y las teorías de la dependencia la noción de *semiperiferia* toma cuerpo en una interpretación de las dinámicas socioeconómicas y políticas en un contexto mundial. Trabada en una trama de conceptos que cuestionaban el modelo etnocéntrico de los países de la OCDE de difusión del progreso económico en etapas (Rostow, 1960), pero también las teorías de Marx del estímulo económico inicial —aunque con un parto social doloroso y una creación de miseria para la mayoría de la población— que promueve el nuevo modo de producción en su fase progresiva, estos autores vendrán a sostener un análisis centro-periferia basado

---

<sup>8</sup> Damos por entendido que el *capitalismo corporativo* es una fase caracterizada por una presencia de la figura de la corporación en todos sus ordenes en el seno de la sociedad: El Estado, el oligopolio o monopolio, las organizaciones sindicales y patronales, etc... Esta fase se distingue de la última porque, aunque aparecen bloques internacionales, no se ha desarrollado una etapa cualitativamente nueva en la que la regulación de los mercados sería mundial.

en la polarización (Wallerstein, I., 1979) del desarrollo económico entre el primer y el entonces denominado tercer mundo, pensada autóctonamente. Para la CEPAL (véase el informe *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, 1949) el subdesarrollo de los países periféricos es producto de su relación con el desarrollo de los países del centro mundial, cuestionando profundamente el teorema neorricardiano de Heckscher-Ohlin que actualizaría la idea armnicista de las ventajas comparativas favorecidas por el libre comercio —especialmente las del Imperio británico del siglo XIX—. La asimetría profunda en la división internacional del trabajo, en las estructuras de producción de las formaciones sociales y sus intercambios, lastraría el desarrollo de los países periféricos al tener que mantener una estructura productiva heterogénea y especializada, que abocaría a una dependencia y un, desde nuestra óptica, desarrollo desigual y opuesto. De manera que los países dependientes producirían materias primas y productos agroalimentarios y los países del centro manufacturas, donde estos últimos podrían imponer sus reglas y precios en la relación real de intercambio. Por tanto, la solución sería el avance de medidas selectivas de proteccionismo e industrialización, aunque sin modificar las estructuras de las relaciones de poder vigentes.

Las teorías de la dependencia (Ver en Bustelo, P, 1998) aparecieron y se desarrollaron principalmente entre los años 1957-1969, haciéndose populares en los años 70, destacando el norteamericano Paul A. Barán entre sus autores, aunque también A.G. Frank, S.Amin, O.Sunkel o F.H.Cardoso, que entrañarían, en su momento, una contestación y evolución radical de aquellas otras. Con éstos se incorporan las nociones de imperialismo y colonialismo que serían, más allá de la asimetría productiva, la causa del subdesarrollo en los países periféricos. Con lo que es, en sí mismo, el capitalismo el obstáculo principal de su desarrollo, acabando con cualquier idea progresiva o beneficio mutuo. De este modo, los países del centro se apropiarían, principalmente, del excedente mundial extraído a los países periféricos, proceso sólo resoluble mediante una desconexión al mercado mundial y la revolución socialista.

En los años 70, numerosos autores criticaron dichos enfoques y en especial algunos de sus resultados. Recibieron acusaciones de circulacionistas o "marxistas neosmithianos" (R.Brenner), desvaneciéndose de sus análisis el papel del Estado, las clases o la fuerza de trabajo en la producción (E.Laclau, 1977), así como de catastrofistas o, más precisamente, de ser incapaces de dar cuenta de posibles casos, tras la crisis de los 70, de industrialización —relocalización de ramas como la confección, calzado o textil— en países anteriormente subdesarrollados (Corea, Taiwán, Brasil, México, India, Suráfrica,

etc...). Será en los años 70 en la que emerge una revolución crítica, encabezada por I. Wallerstein (1979), influido por la escuela de los Annales, que vendría a fundamentar una teoría de los modos de producción y una clave sistémica mundial. Wallerstein aporta un análisis muy influyente en esa tradición en la que es posible no hacer una escisión radical entre factores externos e internos, siendo estos últimos para los autores anteriores de carácter secundario. Observaba un posible análisis sistémico, que ya no era parcial. Abandonaba, por tanto, el occidentalcentrismo y el tercermundismo. Problematizaba, así, el 'socialismo real' como socialismo al formar parte de la economía-mundo capitalista.

En ese desarrollo aparece la noción de *semiperiferia* como una concreción o resultado del estudio de la división del trabajo internacional, ante la heterogeneidad de los Países no centrales y la posibilidad de ocupar situaciones intermedias. Sin embargo, Wallerstein lastra aún la visión neosmithiana y mercantilista del capitalismo (como Sweezy o Baran), en la que está ausente el problema de la relación salarial; aún hay una concepción orgánica del mundo que entraña una perspectiva escatológica; o, por ejemplo, imposibilita la comprensión de la estructura como una contradicción donde pueden surgir elementos combinados de relaciones de producción y formaciones sociales antiguas o nuevas ajenas a una forma capitalista y, por tanto, todo lo que está rozado por el sistema-mercantil mundial sería, en definitiva, capitalista.

Desde un análisis que se extraña tanto del ortodoxo evolucionismo marxista, del etapismo proyectado por el stalinismo soviético hacia su área de influencia internacional, como de un análisis circulacionista, que amenaza con desplazar instancias como fenómenos de la realidad que la inocularan de economicismo, la noción de semiperiferia aparece como un producto del análisis concreto de la situación concreta de la división internacional del trabajo en una estructura mundial. La jerarquía y relaciones de poder interestatales, la inserción en la estructura y relaciones productivas y de intercambio internacional (formada por ramas y secciones productivas en áreas internacionales socioinstitucionalmente configuradas), o las peculiaridades de cada formación histórico-social concreta (en la que existe un desarrollo combinado de formas capitalistas y no capitalistas —tanto pre como postcapitalistas—) exigiendo dar cuenta también de "un interno singular y concreto de la situación de la lucha de clases en el contexto de unas relaciones de fuerza internacionales", nos propone una complejización del sistema de polarización centro-periferia en la que formaciones sociales se sitúan como un producto de las contradicciones históricas del capitalismo global y de su propia historia particular situada en ese contexto. De manera que, cualquier análisis completo que se precie se nos sugiere el requisito de recorrer en

ambas vías y sentidos el análisis tan amplio en sus relaciones internacionales como concreto en sus formaciones de una comunidad, región y nación específicas. Por tanto, dicha noción nos abre hacia una comprensión multilateral del desarrollo en un marco asimétrico de relaciones de poder, políticas, económicas y militares. En suma, existen diversas semiperiferias.

Así nos encontramos con casos especiales con vida propia —producto de las contradicciones de las relaciones de producción social internacional— como los llamados países emergentes o dragones y tigres asiáticos, ya mencionados, nacidos al calor de la relocalización de ramas industriales hacia áreas de costes salariales menores y con un cuerpo de infraestructuras técnicas suficientes. Áreas que, como se ha podido asistir en las crisis financieras de 1997 y en adelante, han sido económicamente dependientes bien sea de la inversión extranjera, bien sean de las instituciones financieras internacionales como el BM o el FMI, cumpliendo éstas el papel de un obstáculo para el desarrollo autónomo de aquellos países (Stiglitz, 2001) —aunque su "desarrollo económico" fue posible por la nueva estructura de ramificación y secciones productivas ahora sólo pensables a nivel internacional—. De alguna manera, estas serían las semiperiferias económicas aparecidas desde países —o regiones de los mismos— que no proceden de los antiguos bloques de la Guerra Fría (Corea del Sur, Taiwán, Indonesia, Suráfrica, India, etc...). Dentro de este peculiar cuadro habría que introducir al cinturón islámico por sus propias singularidades, aunque nexos comunes —idiomático, cultural, religioso, etc...— aunque con diferencias internas que llevan desde los populismos integristas hasta las oligarquías fundamentalistas. Este verdadero "estómago geográfico" del mundo, aún detenta —en concreto sus oligarquías— el suministro más importante de la energía derivada del petróleo, que condiciona parte del desarrollo capitalista internacional y puede llegar a aspirar a arrebatar una porción de la hegemonía mundial.

Asimismo, nos encontramos con dos semiperiferias convergentes cuyo origen sí se encuentra en aquellos bloques. En el bloque del Este los países de la órbita soviética se encuentran arrastrados, en general, hacia un capitalismo oligárquico mafioso, muy contradictorio y con formas muy diversas y en transformación incierta, que se incorpora al mercado de la UE. Mientras que una semiperiferia de ese bloque mercantil europeo occidental es producto de su relación subordinada a un bloque privilegiado en el marco mundial (Irlanda, Portugal, Grecia, Sur de Italia, España, etc...).

A su vez, no pueden tratarse simplemente ya como una periferia más dos inmensos territorios nacionales: China y Rusia. Se trata de enormes poblaciones con Estados

militarmente muy potentes, de capacidad nuclear, que aspiran a controlar vastas zonas del mundo. Sin duda, forman un polo dentro de los centros de poder en el mundo, asimismo con sus propias semiperiferias y periferias. Y por supuesto, la propia especificidad de países que han llevado un rumbo relativamente autónomo y especial —producto de las contradicciones de la estructura sociopolítica internacional— como son los casos cubano, vietnamita, o yugoslavo.

En suma, el análisis de las semiperiferias cobra un sentido en la comprensión concreta de los sujetos sociales concretos de cada formación social, habida cuenta de que la lucha de clases se despliega, a su modo, en cada espacio social del mundo, sin que ello deniegue la interrelación profunda entre diversas formaciones sociales. Asimismo, se trata también de considerar como formación sociohistórica concreta, en el marco de relaciones de producción internacionales, como un eslabón dentro de la estructura capitalista mundial, con sus propias contradicciones también que permite desenvolver la lucha de clases de una manera singular, en el marco de unas relaciones de fuerza de clase internacionales. De manera que, más que buscar "el eslabón débil" leninista, trata de mostrarse cada formación social con sus debilidades y fortalezas, en suma, sus contradicciones sociales propias y situadas en el contexto mundial en el devenir de las luchas de clases a nivel mundial.

- El alzamiento y declive de una *hegemonía social*. Esto es, la base material de relación intersubjetiva sobre la que es posible elevar el entramado de un orden social, o dicho de otro modo, los factores subjetivos materiales que conforman una sociedad. Si bien una hegemonía es una forma ideológica de consenso, cualquier hegemonía no tiene una implantación omnímoda, y su estructura poder viene acompañada por unas formas de resistencia. Las fases son difíciles de encuadrar, al intercalarse y forjarse en relaciones básicas de oposición relativa, y también desplegarse en territorios concretos sólo puede periodificarse en relación a un Estado o sociedad concretas en la que las bases ideológicas pueden asentarse con referencias ideológicas mutuas, y sus sucesivas manifestaciones culturales, y religiosas. De igual modo, las hegemonías entran en crisis en periodos de cuestionamiento en la que conciencia de clase de los sujetos subordinados resulta crucial.

A este respecto, la noción de *hegemonía*, según Antonio Gramsci, nos alude a un fenómeno aprensible a través de los indicios de la experiencia real de lo subjetivo. La

hegemonía es un fenómeno social total que se sitúa en el nivel de la materialidad de lo subjetivo, en todas y aquellas dimensiones que tratan con la legitimidad de lo decible y defendible. A este respecto, resulta el fluido que hace sostenible una estructura social desigual, que hace comprendida y aceptada una relación asimétrica en la sociedad. Se trata por tanto de un fenómeno social dominante, amplio, que sin llegar a ser normativo conforma la durabilidad de un marco institucional de una sociedad concreta. Es, de esta manera, el lugar de encuentro, como una práctica, entre dominados y dominantes, la masilla que amortigua el conflicto social o en el que, por un periodo de tiempo, lo sitúa en unos límites —entre el poder y la resistencia, o aquello que los concilia en lo manifiesto en su desigualdad profunda— del discurso como práctica social.

La noción puede proceder de los conceptos de autoridad-legítima de Max Weber tanto como el de Leviatán de Hobbes, siempre y cuando los entendamos como una elaboración social tensa, en permanente disputa, tanto en cuanto el marxista italiano Antonio Gramsci lo vino a plantear para situar el conflicto social en su centro. Ya no se trata por tanto, de que el carisma o la ley racional justifiquen un tipo de poder legítimo —al margen de las acciones de los sujetos—, ni, de la misma manera, que la presencia del Estado (como articulación total del conjunto de la sociedad al ceder la libertad individual para éste) sea el que consiga, de un origen social salvaje, la civilización humana mediante la autorrepresión mediada institucionalmente de los sujetos individuales. Porque para Gramsci, hegemonía y sociedad civil vienen a identificarse, huyendo de cualquier asunción armónica. Gramsci entiende el "Estado=sociedad política + sociedad civil, o sea, hegemonía acorazada con coacción. (...) El elemento Estado-coacción puede concebirse en un proceso de agotamiento a medida que se afirman elementos cada vez más importantes de sociedad regulada (o Estado ético, o sociedad civil)" (Gramsci, A; 1998:102).

El Estado sólo obtiene, si es posible, el apaciguamiento mediante la implantación del lenguaje de la violencia y la instauración de la violencia mediante el discurso ya codificado si es tan asumido como reconocido por los sujetos subordinados. Como aparato coercitivo —sociedad política— no goza *per se* del respeto social amplio necesario para ser hegemónico. Para Gramsci, la hegemonía es producto de la lucha de los diversos grupos sociales —de sujetos concretos— por los aparatos ideológicos, de la materialidad práctica que deriva del sentido común como construcción social problemática. Por lo que, Gramsci maneja el concepto de sociedad civil, al modo de Hegel, "en el sentido de hegemonía política y

cultural de un grupo social sobre la entera sociedad, como contenido ético del Estado". (Gramsci, A.; 1977:209).

De manera que, la sociedad civil no es únicamente un producto de un poder omnímodo de unos grupos o sujetos incontestables a través del Estado sino, asimismo, se trata de una disputa y conquista de una 'ética o sentido común' de los sujetos subordinados y resistentes permanentemente que también tratan de influir socialmente.

La sociedad civil, como el Estado, por consiguiente, deviene producto de una correlación de fuerzas, en el que es posible asentar un discurso ético dominante y que sería hegemónico, como sentido común, si adquiere una relativa perdurabilidad estructural entendida dialécticamente —y por tanto agotable en el tiempo—. Si el Estado se origina en la lucha de clases y se forma desde ella en un plano de violencia desnuda, el Estado logra la hegemonía cuando sujetos supra y subordinados traban, como podría observar Alfonso Ortí, en una "lucha de frases" la sociedad civil posible, una moralidad social codificada de discursos prácticos en un contexto asimétrico estabilizado por el Estado.

Con esto, la hegemonía, se disputa en el estricto terreno real de la subjetividad material entre los sujetos sociales desplegados en una 'guerra de posiciones', paralela, y previa para la toma del poder, a la 'guerra de movimiento' que entrañaría derrocar a los sujetos que conservan al Estado como aparato de poder ya únicamente por la vía estrictamente coactiva. Esa guerra de posiciones se desenvuelve en la trinchera de la opinión pública —formada principalmente desde el Estado (y más actualmente también por los medios de comunicación y la publicidad de los oligopolios corporativos privados)— y la construcción del sentido común —entre el cuerpo de lo social—, en suma, la sustancia conflictiva de la sociedad civil o hegemonía social.

"Lo que se llama 'opinión pública' está estrechamente conexo con la hegemonía política, es el punto de contacto entre la 'sociedad civil' y la 'sociedad política', entre el consenso y la fuerza. El Estado cuando quiere iniciar una acción poco popular crea preventivamente la opinión pública adecuada o sea organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil. (...) Pero la opinión pública como hoy se entiende nació en la víspera de la caída de los Estados absolutos, o sea en el período de lucha de la nueva clase burguesa por la hegemonía política y la conquista del poder. La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante; por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de opinión pública: diarios, partidos, Parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y por consiguiente la voluntad política nacional, dispersando a los disidentes en un polvillo individual inorgánico." (Gramsci, A.; 1977:202 en *Pasado y Presente*. Gedisa. Barcelona).

Así, desde la óptica de Gramsci, la hegemonía puede ponerse en cuestión y cambiar las bases sociales sobre las que se apoya pasando de un grupo o clase social a otro. Esto es,

puede agotarse degenerando en una crisis de esa hegemonía, si no hay una opinión pública asentada y el sentido común quiebra. En esa etapa, el conflicto de clases transforma su naturaleza latente a su fase manifiesta y, en la cual, las prácticas se desestabilizan, los discursos se desencadenan de sus antiguas sujeciones y toma cada sujeto como referente una alternativa en medio de la fractura social divergente. Se trata de un periodo donde la lucha violenta de clases decide, rotos los códigos comunicativos de la vieja sociedad, y en esa etapa se forja en la transformación de las relaciones sociales una nueva hegemonía, no sin ocurrir entretanto una con-fusión entre lo viejo y lo nuevo:

“Si la clase dominante ha perdido el consentimiento, o sea, ya no es «dirigente», sino sólo «dominante», detentadora de la mera fuerza coactiva, ello significa que las grandes masas se han desprendido de las ideologías tradicionales, no creen ya en aquello en lo cual antes creían, etc. La crisis consiste precisamente en que muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo, y en ese interregno ocurren los más diversos fenómenos morbosos” (Gramsci, A.;1992: 313).

- Las *ondas largas de acumulación capitalista*, como uno de los factores objetivos principales del desarrollo socioeconómico. Se trata de ciclos de corto, medio y largo plazo, en las que se suceden las fases de los resultados de explotación, apropiación y reproducción socioeconómica de una sociedad capitalista. Las acumulaciones capitalistas, dependientes sobre todo de la lucha de clases, también tienen un funcionamiento contradictorio condicionado por la presencia de una potencia dominante, las dependencias económicas internacionales plasmadas en la formación de mercados internacional, la formación estatal y el resto de instituciones de un país que concretan los modos de apropiación del producto social, el estado y expectativa de la tasa de beneficio<sup>9</sup> —dependiente de la tasa de explotación y la composición orgánica del capital— de clara naturaleza sociotécnica (relación salarial, desarrollo, accesibilidad, control y aplicación tecnológica y energética, etc...). Ni que decir tiene, que dado el caso de inestabilidad política de la estructura social las prioridades económicas pueden variar para asegurar la estructura de dominación, con lo que la acumulación se

---

<sup>9</sup> "El desarrollo del modo de producción capitalista no es el resultado de la evolución de una sola variable, sino de la interacción de muchas: la evolución de la composición orgánica del capital y su distribución sectorial, la evolución de la distribución del capital constante entre capital fijo y circulante, el desarrollo de las tasas de explotación y acumulación, el ciclo de rotación del capital, las relaciones de intercambio entre los sectores I y II, etc. La lucha de clases desempeña un papel clave a través de sus efectos sobre la tasa de explotación y la tasa de beneficio". (Albarracín, J.; 1996:7)

orienta por la tasa inmediata de rentabilidad sólo en periodos de firmeza del sistema, y siempre es un indicador de referencia en estrategias de medio plazo.

En definitiva, la lucha de clases se estructura en estas dimensiones y deviene estructurante de su desarrollo. Dimensiones articuladas que pueden aparecer en un primer plano en momentos distintos de cara a la manifestación de los conflictos y transformaciones sociales poniendo en marcha las formas ideológicas, productivas y coactivas que atraviesan las relaciones sociales, siempre intrincadas pero que no siempre aparecen claramente visibles a los ojos de los humanos de la misma manera, y porque realmente no mantienen su capacidad de determinación en igual sentido en cada momento histórico, del que la última palabra, en circunstancias no elegidas, sólo la tiene la lucha de clases.

### **3. Transformaciones del capitalismo: las crisis objetivas y los sujetos sociales.**

Difícilmente podría caber en una comunicación un retrato empírico preciso de la historia con el que ir acompañando al curso del capitalismo la teorización posible de sus dimensiones. Para ello hemos escogido una exposición más bien teórica que sirva de síntesis interpretativa de la estructura capitalista, resultando una síntesis de carácter casi metodológica mediante la cual aproximarse a un diagnóstico político de la situación para el debate. No por ello queremos hurtar de ofrecer una propuesta, verdadera síntesis provisional, de diagnóstico y situación empírica, aunque sólo lo sea a un nivel enunciativo, donde cobra su relevancia el esquema de análisis conceptual empírico aplicado.

A nuestro juicio resulta una especie de engaño la definición cerrada de leyes deterministas que, mediante cualquier retrospectiva alimenten una expectativa de cambio intrínseco de nuestras sociedades. Eso no nos impide comprender la dinámica de las sociedades capitalistas en procesos relativamente cíclicos originados por las bases socioinstitucionales, construcción imparabla de la lucha de clases, que pautan el desarrollo posible pero también los límites y agotamiento de una fase histórica marcada por aquellas bases mencionadas. Sólo un análisis determinista incurre en la falsa proyección simplista de anticipar escenarios esperando la evolución de los ciclos socioeconómicos y políticos en base a unos orígenes sociales cerrados para siempre. Muy al contrario, la acción de los sujetos sociales no se interrumpe, y aunque se desenvuelve en esas fases y ciclos, cuya dinámica propia se forjó en la resolución (o disolución) parcial, siempre provisional, de un conflicto instituyente que los precedió, jamás cejan éstos, en sus sujeciones y sustentaciones, de

modificar (corrigiendo, reproduciendo, reformando o revolucionando) las bases sociales del desarrollo de una formación sociohistórica concreta. Con lo que, en definitiva, sólo es posible para el investigador social participar en su diagnóstico situándose en la tensión entre el desarrollo estructurado de una sociedad concreta, en un contexto internacional determinado, y el movimiento instituyente (sea cual sea su sentido: progresivo, regresivo o rupturista) de los sujetos sociales concretos vinculados en clases sociales.

Como totalidades en marcha, cualquier dimensión de la realidad social ha de interpretarse como un fenómeno social total, al modo que sugirió una vez M.Mauss. Con lo que materialismo histórico y crítica de la economía política juegan en una articulación complementaria de la interpretación de la realidad social y la escisión de sus planos sólo puede desempeñar una suerte de clarificación comunicativa y didáctica de una realidad compleja y concreta. Para nosotros, por tanto, la teoría resulta un producto provisional reflexionado a través de la experiencia y el trabajo empírico, que a través de aproximaciones sucesivas de la praxis material de la reflexión, arroja nuevos campos para mirar, diagnosticar y proponer orientaciones hacia el cambio social.

Aparece, en consecuencia, una nueva tensión en el plano del investigador social, que entraña su síntesis analítica como arma de interpretación y transformación al servicio de los (algunos) sujetos sociales, de los que forma parte a su vez. Al fijar la atención sobre las estructuras sociales concretas, en un contexto mundial, ofrecemos un análisis donde lo objetivo (siempre objetivado por alguien) y lo subjetivo forman un todo material unido en la marcha de la historia. Y cualquier análisis de largo plazo y estructural ha de reconocer la diversidad de tramas e intensidades del conflicto social, la formación de singularidades, en las que los escenarios de cambio sólo pueden analizarse una vez descendido al terreno concreto. De manera que, a nuestro parecer, la articulación socioinstitucional de los planos subjetivos (ideológicos, culturales, etc...) y objetivos (dinámicas de acumulación, ciclos y fases, etc...) entraña las bases sociales sobre las que la disputa de clases hace estallar movimientos sociales de diferentes características, significado y sentidos.

La asincronía de las fases de desarrollo y agotamiento de una dimensión de la realidad social no sólo parece discrepar entre un plano y otro sino también de una sociedad particular a otra, precisamente por el lugar que puedan ocupar en la división internacional del trabajo, la especificidad de su formación sociohistórica, la hegemonía ideológica específica del país o comunidad, y su composición propia de clases sociales. Cualquier análisis amplio y de largo plazo debe, así, venir necesariamente acompañado del análisis

concreto de la situación concreta, empíricamente sostenido, tal y como lo pudo pensar Lenin.

Por eso, al igual que el análisis internacional ahora ha de pensarse, por la fase histórica actual —el capitalismo global—, también con su entramado institucional (bloques de mercado, militares; organismos internacionales, etc...), la formación de potencias imperialistas y por tanto la predominancia de una forma de Estado y su configuración concreta de mercados específicos; o, por otra parte, desentrañar la naturaleza concreta de las formas de apropiación y extracción social de la riqueza, o las normas de distribución y consumo articuladas en un área o sociedad concretas, jamás debemos hurtar el papel del factor subjetivo en la marcha de una sociedad concreta. De ahí que nos parezca clave reconstruir un análisis internacionalista multipolar, con diversos centros y periferias y eslabones débiles semiperiféricos, como pueda suponer el caso español, por ejemplo, en el que la debilidad de las clases dominantes, las contradicciones institucionales o la polarización social pueda ser un foco de tensión singularmente conflictivo, como así ha sido recurrentemente en la historia reciente. O, por ejemplo, que habremos de seguir los discursos y prácticas sociales de los sujetos en su contexto vivo, indagando las quiebras posibles de una hegemonía establecida, así como los embriones de alternativas.

De manera que el método del materialismo histórico nos ofrece la concreción de las relaciones materiales subjetivas y objetivas que instituyen y establecen una estructuración de la tensión económica, política, cultural y social sobre la que luego es posible diagnosticar las fallas y contradicciones de una época, y ahí aparezcan pistas para que la crítica de la economía política se reencuentre con los límites y agotamiento de una formación socioeconómica, por ejemplo sus dinámicas críticas de acumulación. Desde este punto de vista, el análisis marxista, conviene advertir, no debería caer en la tentación de prestar modelos cerrados para la interpretación de la realidad social. La lectura de *El Capital*, con su gran capacidad de articulación en torno a la teoría (histórica y particularizable en el capitalismo) del valor, el análisis de la forma mercancía, etc... no puede agotar el diagnóstico de lo social bajo una visión estricta y bloqueante de la subsunción (Castillo C. y García, J.; 2001). Supone una profundización de grado revisar las bases sociohistóricas sobre las que son posibles la marcha tendencial de las formas sociales de la subsunción del trabajo en el capital.

De manera que, creemos una excelente aportación indicar que cualquier sociedad se basa en formas de socialización de sus grupos sociales y que el capitalismo dispone, con gran capacidad de remozamiento, las suyas propias. Por ejemplo, la violencia persistente de la

formación de las clases subordinadas en fuerza de trabajo mercantilizada. Y sin embargo, parece que la subsunción, en los centros de trabajo, a través de la familia, de la educación, del consumo, etcétera, que sirve como vehículo de mercantilización del cuerpo social, no agota todas las formas ni todos los sentidos de la socialización y asociación de los sujetos sociales, surgiendo movimientos contestatarios no sólo correctores sino también rupturistas, en una tensión que sólo es resuelta en el devenir de la lucha de clases. Esto es, mientras las bases sociales del capitalismo, que hay que concretar para cada época y sociedad —en la que la forma de Estado resulta decisiva—, puedan crear instituciones que mercantilen la vida y subsuman el trabajo en el capital, los colectivos sociales (tan sujetos como sustentados en la estructura social existente) asimismo pueden autogenerar espacios y prácticas con sentidos diversos (que reproducen, reforman o revolucionan esas bases).

De una manera menos teórica, en el capitalismo reciente se atravesó una fase incierta pero decisiva como la que supuso el periodo de entreguerras. La génesis del gran capitalismo corporativo con su desfasada forma de Estado, su correspondiente forma y extensión del mercado —plenamente agotado en su desarrollo—, la crisis de acumulación, la profunda crisis de hegemonía ideológica en occidente, la aparición del bloque soviético, etc... supuso el contexto de desenvolvimiento más radical, conmovedor y desconocido de la lucha de clases, cuya disolución sólo pudo presentarse mediante dos guerras mundiales. Y sin embargo, tamaña sacudida de una civilización completa, no nos debe impedir descender a las singularidades que, como en el Estado español, se han producido en todo el tiempo de su historia.

El análisis de las bases constituyentes del gran capitalismo corporativo y su desenvolvimiento, y complejización en fases superpuestas ulteriores de una institucionalización de bloques bipolar y multipolar (las formas del imperialismo presente) no han podido detener la marcha y transformación de las hegemonías ideológicas, el curso de las dinámicas de acumulación (seriamente condicionadas por las bases sociotécnicas del desarrollo productivo, propias del capitalismo de posguerra —la llamada III Revolución científico-tecnológica—, y sus ciclos de saturación de mercados —la IV onda larga o capitalismo tardío—, ciclos industriales periódicos, sobreproducción, hipertrofia financiera, crisis de rentabilidad, políticas económicas, etc...), ni mucho menos la formación, siempre inesperada, de movimientos sociales de nuevo cuño que hacen más complejo, pero no menos fundamental, el movimiento obrero y la clase trabajadora y

campesina (movimientos de liberación nacional, nuevos movimientos sociales, movimiento antiglobalización , etc...).

Y, por otro lado, ese análisis internacional no nos puede sustraer a las condiciones particulares de cada país, con su propia estructura de clases, en la división internacional del trabajo, sin cuya concreción resulta imposible trazar un diagnóstico sobre la configuración sociopolítica y ofrecer orientaciones de carácter político para superar las formas de dominación política, ideológico y cultural y las relaciones salariales capitalistas, y todas sus crisis estructurales recurrentes.

Ahora bien, una de las claves sobre las que detenerse a reflexionar supone que cualquier crisis es un síntoma de cambio. La naturaleza del cambio estriba en la necesaria reconstitución y acompañamiento relativo de las diversas instituciones que forman parte una sociedad. El desarrollo y agotamiento de fases de desarrollo de las estructuras de las dimensiones del capitalismo indican senderos de tensión y conflicto que, cuando vienen a confluir en diferentes niveles señalan la gravedad de una crisis. Esto es, —desde un punto de vista objetivado— el agotamiento de las formas sociales de extracción de plusvalía, la estructura de mercado, el mecanismo corporativo del Estado, la dinámica rentable de la acumulación; el lugar en la división internacional del trabajo, etc...; y el desenvolvimiento de factores subjetivos como son la crisis de una hegemonía ideológica, la política de coerción, de diplomacia o de inclusión legitimista, al exterior o interior de la sociedad, el papel de la formación organizada de los sujetos en conflicto, etc... prestan la forma en que puede afrontarse la contradicción de una estructura, la necesidad de reestructuración de la sociedad sea para recomponer el capital (relación de dominación y explotación) o para orientarla hacia otro rumbo. Identificar esas contradicciones, que entraña, por lo tanto, una necesaria transformación, reforma o racionalización, mediante el conflicto de la lucha de clases, de las bases sociales y formación sociohistórica de una sociedad (la relativa estructuración sostenible de una sociedad en un periodo de medio plazo) no nos aportará nada sobre el futuro, sobre el sentido de los acontecimientos. Ahora bien, nos reflejará un posible diagnóstico de la intensidad posible del cambio, los escenarios posibles, y, en definitiva, la posible propuesta y apuesta de postura de un colectivo, en la que dicha teoría forma un cuerpo para la acción.

De esa manera, la crisis capitalista actual, atravesada por los múltiples problemas de una crisis de acumulación estructural —desde los años 70—; el agotamiento de un modelo de

mercado (el de bloques, al que se le pretende reformar mediante el proyecto de la "globalización capitalista mundial"); la crisis de la hegemonía neoliberal (y sus alternativas keynesianas); la formación de nuevos sujetos sociales organizados; la estructura del conflicto internacional (la distinta situación de los países, la formación de bloques militares, las alianzas y proyectos estratégicos forjados con la crisis del imperialismo norteamericano tras el 11 de Septiembre de 2001, etc...); la crisis, en definitiva de las formas de la relación salarial capitalista o la crisis de la forma monopolista de competencia y de Estado, etc... y su resolución en general, son los planos de reflexión política sobre las que es posible trabar un debate político profundo. El problema, por tanto, es cómo encarar dicha transformación, si a través de su racionalización, su reforma, o su cambio estructural. Y contar, en el diagnóstico con la experiencia, expectativas y papel de los sujetos sociales concretos.

En definitiva, sólo un estudio multidisciplinar (histórico, económico, social, político, etc...) pueden arrojaros cierta luz para cualquier diagnóstico, por modesto y parcial que sea, de época o fenómeno social. Unas conclusiones abocadas, por lo tanto, a un resultado permanentemente provisional, como toda vida lo es.

A este respecto, queremos finalizar estas notas reflexivas con un cuadro sintético que trata de esbozar y caracterizar las fases del desarrollo capitalista, con las distintas dimensiones aludidas a lo largo de este texto que se nos presentan como más relevantes para pensar las próximas transformaciones.

Dimensiones estructura capitalista mundial		Fases y caracterización							
		1848		1914 1917 1930		G. M. 1948		1980 1989	
Formación sociohistórica e institucional del capitalismo	Capitalismo liberal metropolitano 1789-1914 (Revolución francesa, Independencia EE.UU., Extensión imperialista británica...)	Capitalismo corporativo nacional 1914-1948 (I Guerra Mundial, Trienio Bolchevique, Monopolio de Estado,...)		Capitalismo corporativo de bloques bipolar 1948-1989 (Estados obreros burocratizados Tercer Mundo)		Capitalismo corporativo de bloques multipolar 1990-...		Movimientos antiglobalización de campesinos (Países del Sur) y nueva generación de jóvenes precarios (países del Norte)	
	Movimientos instituyentes	Ascenso del Movimiento Obrero		Revoluciones europeas		Movimientos de liberación nacional			
Hegemonía ideológica (Bases Materiales subjetivas)		Liberal Conservadora	Liberal/Conservadora Libertaria	Fascista Socialista		Socialdemócrata Democracia cristiana	Tecnoliberal/Socialliberal Social-libertaria		
Bases socioinstitucionales del desarrollo capitalista	Tipo de Estado	Absolutista	Estado monopolista nacional Gendarme. 1870- 1948			Estado monopolista y comprometido en un gran bloque transnacional 1948-1989		Estados coaligados en bloques y organismos internacionales 1986-..	
	Potencias Hegemónicas	Francia napoleónica ...-1815	Imperio británico 1815-1917		EE.UU. 1917-		EE.UU. UE (Alemania, Francia) 1989-...		
	Polos imperialistas	Imperio Británico	Prusia; Francia Alemania; Japón 1880-1944		URSS 1917-1989		China; Rusia; (1990-...)		
	Formación del mercado	Culminación Formación originaria Mercantilización capitalista modo de producción	Oligopolio competitivo internacional Mercado nacional extensivo 1850-1914		Oligopolio parcial Mercado nacional intensivo 1930-1980		Empresa-red transnacional Externalización de la responsabilidad empresarial Mercado transnacional y Financiarización 1980-...		
Ondas largas de Acumulación (Ciclos capitalistas objetivas)		1798-1848 Inflexión crisis: Años 30	1848-1898 Inflexión crisis: Años 70	1898-1948 Inflexión crisis: 1929		1948-... 1973	Inflexión crisis: Crisis Estructural Capitalismo Mundial		
Formas sociales de apropiación y explotación	Relación Salarial (formas dominantes de extracción de plusvalía)	Salario a destajo y plusvalía absoluta (Gremio, Taller) Subsunción formal	Salario a destajo y Plusvalía relativa (taylorismo) (Fábrica) Subsunción real		Salario y pleno empleo de por vida regulado políticamente (fordista-keynesiano). Patronal-sindicatos. Salario indirecto y diferido. Plusvalía relativa 1930-1980		Desregulación salarial (Individuación salario) Pactos laborales microcorporatistas Subcontratación dependiente (autónomos) Plusvalía absoluta y relativa (Neotaylorismo) 1980-....		
	Relaciones de Distribución y norma de consumo	Consumo de élite Autoconsumo Subconsumo	Consumo de élite Para clases medias Subconsumo		Relativa Homogeneización Consumo de masas fordista en los Países del Norte Miserabilización Tercer Mundo		Dualización en Países del Norte Consumo de nicho - Grupos de distinción. - Austeridad bienes duraderos, consumo ocioso de masas Infraconsumo Países del Sur y IV Mundo		
Caracterización país concreto	Economía política Estado español	Absolutismo	Crisis Antiguo Régimen Desamortizaciones Revolución Burguesa I Rep. 1873	Restauración Monárquica Golpe Primo	Dict. 1923 Racionalización	II Rep. Reforma Keynesiana	Dictadura Franco Autarquía y austeridad Falangismo	Racionalización tecnocrática (Opus Dei) Desarrollismo	Democracia Burguesa y Racionalización capitalista Incorporación en UE y OTAN Semiperiferia dependiente
	Composición de clases del Estado español	Oligarquía terrat. Peq./burguesía independiente Jornaleros	Oligarquía caciquil terrateniente/urbana Pequeña burguesía /Campesinos Jornaleros/Obreros			Burguesía autoritaria Clases medias funcionales Clase obrera		Tecnestructura Buroestructura Operadores/Servidores Movimiento antiglobalización	

## **Bibliografía:**

- Aglietta, M. (1979) “*Regulación y crisis del capitalismo*”, Siglo XXI, Madrid.
- Albarracín, J. (1994) *La economía de mercado*. Trotta. Madrid.
- Albarracín, J. y Montes, P. (1996) *El capitalismo tardío: la interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo*. Ponencia presentada en el Centro de Estudios Ernest Mandel, organizado por el Instituto Internacional de Investigación y Formación de Ámsterdam.
- Althusser, I. (1978) *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI Editores. 17ªEd..
- Anderson, P. (1981), *Las antinomias de Antonio Gramsci*, Barcelona, Fontamara.
- Pablo Bustelo (1994) “El enfoque de la regulación en Economía: una propuesta renovadora”, recogido en Cuadernos de Relaciones Laborales, 4, pp. 149-163.
- Bustelo, Pablo (1998) *Teorías contemporáneas del desarrollo económico*. Síntesis.
- Castillo Mendoza, C.A.; García López, J. (2001) "Marx, entre el trabajo y el empleo" VII Congreso Nacional de Sociología. Salamanca. 20-22 de septiembre de 2001.
- Colectivo Madrid (2002) "La ciudad y la génesis del consumo de masas. Madrid, espacio del antagonismo social en la formación del capitalismo corporativo nacional". En prensa, *Revista Política y sociedad*. UCM. Madrid.
- Colectivo Madrid (2000) "Las transformaciones históricas del estado social como cuestión". Cuadernos de Relaciones Laborales. Nº 16 Pp-135-176. UCM. Madrid.
- Colectivo Madrid (2000) "Thompson y la formación de la clase obrera. ¿Una construcción cultural?." Mimeografiado.
- Foucault, M. (1995) *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI Madrid.
- Gramsci, Antonio (1977) *Pasado y Presente*. Gedisa. Barcelona
- Gramsci, Antonio (1992) *Antología*, Siglo XXI, Madrid.
- Gramsci, Antonio (1998) *Para la reforma moral e intelectual*. Los libros de la catarata. Madrid
- Marx, C. (1995) *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Colección Austral, Espasa Calpe. Madrid.
- Ortí, A. (1970), "Política y sociedad en el umbral de los años setenta: Las bases sociales de la modernización política" en *Cambio social y modernización política*, anuario político español, 1969, edición a cargo de Miguel Martínez Cuadrado, Edicusa.
- Rostow, W.W. (1960) *The stages of economic growth. A non communist manifesto*, Cambridge Univerity Press, Cambridge.
- Schumpeter; J.A. (1996) *Capitalismo, Socialismo y democracia*. Ediciones Folio. Barcelona.
- Trotsky, L. (1977) *El programa de transición*. Akal. Madrid.
- Wallerstein, I. (1979) *The capitalist world-economy*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Williams, R.(1980) “*Marxismo y Literatura*”. Especialmente el capítulo 6 “La hegemonía”. Península.